

laciones con la corte de San Petersburgo y esta es la situacion que Francia, Inglaterra y Austria han querido impedir que se reproduzca.

»Pasando al cáxmen de la segunda garantía diré que las bases de su reglamento son buenas. Pero me contentaré con manifestar que si la navegacion del Danubio, obstruida desde veinte y cinco años, recobra su libertad, se habrá hecho necesaria una guerra para que Rusia no deje inútil en sus manos una de las desembocaduras mas magnificas del mundo, y si Alemania adquiere esta inmensa ventaja para su comercio, la deberá á la sangre derramada por Francia é Inglaterra.

»Llegamos al punto capital, pero tampoco debo pasar por alto una reconvenccion que el señor conde de Nesselrode dirige á los plenipotenciarios de las potencias occidentales, á quienes acusa de hacer retardado el estudio de una cuestion de tolerancia y de humanidad que por lo contrario debiera ocupar el primer lugar en las deliberaciones, ó por mejor decir, los acusa por no haber tomado en consideracion, con tanto celo como debieran, la suerte de los súbditos cristianos de la Sublime Puerta.

»Sin órden no hay discusion, y se habia acordado que las cuatro garantías se examinasen por órden cronológico. Si el debate se suspendió en la tercera, el obstáculo no se suscitó por culpa nuestra, sino de los plenipotenciarios de Rusia, pues los nuestros no tuvieron que hacer otra cosa sino conformarse con el programa que se habia aceptado previamente.

»Por lo demás, el señor conde de Nesselrode se encarga de justificar su reserva, que esplicaba ya el anuncio de la próxima llegada del ministro de negocios extranjeros del sultan á Viena. La causa de la guerra fué una cuestion religiosa envenenada por las pretensiones de Rusia, y era natural no examinarla sino en presencia de Aali-Bajá, pero además tampoco estaba consignada en los términos en que se la habia establecido.

»El gabinete de San Petersburgo habia exigido un compromiso formal que no por aplicarse solamente en apariencia á las inmunidades religiosas hubiera sido menos humillante para la Puerta, impidiendo su accion administrativa y paralizando toda reforma eficaz en el órden civil. Francia é Inglaterra reconocieron claramente que el gobierno turco debia negarse á aceptar tales condiciones, que hubieran sido la ruina de su independecia; y si nos atenemos al testo de la cuarta garantía, desde luego veremos que Rusia renunciaba á reproducirlas y se obligaba á dejar al sultan, salva la accion amistosa y los consejos de sus aliados, la iniciativa de las medidas que exigiese el interés material y moral de sus súbditos. Por tanto en las conferencias de Viena no se trataba de discutir teóricamente los sistemas, sino tan solo de proclamar un principio enteramente contrario al que tenia por objeto la mision del señor príncipe Gortschakoff en Constantinopla.

»Lo que dice el señor conde de Nesselrode permite dudar que los plenipotenciarios de Rusia se hubiesen encerrado en semejantes límites y es verosímil que, lo mismo que en la discusion relativa á los principados del Danubio, hubieran confundido los motivos de la cuarta garantía, y olvidado que solo habia pendiente una exigencia de Rusia, á la que Europa no podia suscribir. Las últimas reformas verificadas en Turquía, las que debian verificarse tambien en consecuencia y el celo con que la Sublime Puerta habia escuchado nuestros consejos, prueban que el corazon del sultan se halla abierto á las inspiraciones mas generosas. Lo que se necesita es que estas inspiraciones puedan seguirse sin agitacion y que el que las concibe pueda presentarse con este mérito á los ojos de sus súbditos y del mundo; mas para conseguir este resultado es indispensable que Rusia abandone en lo sucesivo las armas de que ha hecho uso alternativamente para atajar el

curso de las reformas útiles ó para indisponer á las poblaciones contra su soberano. Tal es el sentido de la cuarta garantía: mas al leer la comunicacion del señor conde Nesselrode, es de suponer que no se la interpreta de este modo en San Petersburgo.

»Entro ahora en la cuestion del mar Negro. Conociendo por una parte la insuficiencia del tratado de 13 de julio de 1841 para asegurar al imperio otomano un lugar invariable en la familia europea, y por otra parte los peligros en que pone á Turquía el aumento de las fuerzas de Rusia en el Euxino, Francia, Inglaterra y Austria han declarado que la convencion de los estrechos debia revisarse, ó por mejor decir, completarse, y que era preciso poner fin á la preponderancia de Rusia en el mar Negro, restableciendo entre ella y la otra potencia ribereña de esta cuenca interior el equilibrio que se ha roto por una sucesion de acontecimientos desastrosos. Despues de haber titubeado la primera vez, el señor príncipe Gortschakoff aceptó en la conferencia preliminar de 7 de enero los dos términos de esta proposicion, que se esplica por sí misma, como que no se presta á la menor ambigüedad, y en virtud de esta aceptacion los representantes de Francia y de Inglaterra en Viena se vieron revestidos de plenos poderes.

»Debo repetir que el gobierno del emperador y el de S. M. británica suponian que el gabinete de San Petersburgo habia determinado hacer los sacrificios exigidos por la situacion, y en este supuesto se ofreció á los plenipotenciarios de Rusia una iniciativa destinada á cubrir la dignidad de su corte; mas habiéndose negado el gabinete de San Petersburgo á anunciar el primero las concesiones en que estuviese dispuesto á consentir, los aliados de la Sublime Puerta, de acuerdo con ella, manifestaron las condiciones consignadas en uno de los documentos anejos al protocolo undécimo.

»No intentaré justificar nuestras demandas, porque su moderacion es evidente. Tampoco entraré en pormenores que actualmente carecen de objeto, pues prefiero caracterizar los intereses de Europa en el mar Negro, y examinar en seguida si la doble solucion propuesta por Rusia da á estos intereses la satisfaccion que queremos proporcionarles.

»Ceñido esclusivamente por las costas de los estados vecinos é inaccesible á las escuadras extranjeras, el Euxino era como un campo cerrado donde se hallaban solos y frente á frente unos adversarios desiguales en fuerza, de manera que el mas débil quedaba abandonado á la discrecion del mas fuerte. Habia una fortaleza formidable que encerraba en sus ciudadelas y radas un ejército constantemente dispuesto á embarcarse y una escuadra constantemente dispuesta á recibirle para hacerse á la vela, y este aparato bélico no tenia sino un destino posible, porque era inútil para la defensa; así se constituia una amenaza permanente contra la capital de Turquía, y el impenetrable misterio que la rodeaba abultaba mas y mas un peligro que al menor síntoma de crisis alarmaba á la Europa entera. Obligadas á tomar las armas, apesar de los esfuerzos que la historia calificará, Francia é Inglaterra se deben á sí mismas y deben tambien á la Europa el hecho de no deponerlas hasta que se halle ejecutada su obra. Es preciso que á la paz que hayan conquistado, suceda un reposo seguro.

»¿Seria acaso esta seguridad la consecuencia de una ú otra de las combinaciones que recomienda el señor conde de Nesselrode? En una palabra ¿son suficientes estos dos sistemas para poner fin á la preponderancia de Rusia en el mar Negro?

»El primero, es decir, el que se funda en el principio de la abertura completa y reciproca de los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos supone la abolicion de una regla que el imperio otomano ha considerado siempre como su salvaguardia y que en 1841 entró en el derecho público europeo. Actualmente Rusia, que se niega á reducir el número de sus buques alegando las

exigencias de su honor y las prerogativas de su soberanía, no vacila en pedir á la Sublime Puerta la abdicacion de su independencia en sus aguas interiores, ó sea, en la grande arteria que atraviesa su capital, reclama un nuevo acceso al Mediterráneo, es decir, los medios y el pretesto de aumentar su desarrollo marítimo en vastas proporciones, y en cambio de estas ventajas se ciñe á consentir en que las escuadrás extranjeras penetren en lo sucesivo en un mar donde no tienen un puerto de refugio ni un arsenal que les suministre lo necesario. Para ejercer el derecho de vigilancia que indirectamente se les concede, Francia é Inglaterra tendrían que imponerse continuamente los sacrificios mas onerosos. Debo añadir, y esta consideracion es de mucha cuenta, que la paz que se concluyera con tales condiciones estaria espuesta á merced del primer incidente, y el objeto mismo de la presencia necesariamente intermitente de las escuadras francesas é inglesas en el Euxino revelaria ya un peligro que seria una amenaza de guerra.

» Esto probaria efectivamente que Rusia necesita de nuevo ser contenida, de manera que su preponderancia no hubiera dejado de existir, quedando por consiguiente inútil el objeto de la tercera garantía.

» ¿Se conseguiria tal vez este objeto por la adopcion del sistema desenvuelto posteriormente por el señor principe Gortschakoff y por el caballero de Titoff? Verdad es que los estrechos continuarian cerrados, pero tambien quedaria restablecido el *statu quo* anterior á la guerra, las escuadras rusas se irian reparando y desarrollándose sin oposicion detrás de las murallas de sus puertos, y solo cuando creyese inminente una agresion estaria autorizado el sultan para avisar á sus aliados. La contestacion á este llamamiento seria una nueva guerra que haria estallar al mismo tiempo la imprevision de las potencias occidentales y la fuerza regenerada del enemigo á quien están combatiendo. ¿Podrian consentir sin imprudencia en una transaccion que solo les concederia un reposo momentáneo, alterado precisamente por sus previsiones mismas? Por ultimo ¿quedaria destruida la preponderancia de Rusia en el mar Negro si fuese necesario, en el momento mismo de la conclusion de la paz, escogitar otro medio de poner término á ella mas adelante?

» Inútil fuera amplificar este raciocinio, pues creo haber demostrado que ni al fundarse en el principio de la abertura, ni al conservar la clausura de los Dardanelos y del Bósforo, el gabinete de San Petersburgo no ha cumplido con la obligacion que contrajo al hacerse representar en las conferencias de Viena. Para confirmar esta opinion, me contraigo á recordar que en la última reunion, es decir, en la de 26 de abril, el conde de Buol declaró « que el proyecto ruso no contenia en su concepto una solucion, ni tampoco una base de solucion, y que solo indicaba los medios de proceder contra la preponderancia naval de Rusia, cuando esta hubiese adquirido las proporciones de un peligro intolerable, puesto que no la destruia de una manera permanente y en el estado ordinario de las cosas.

» Las demandas de las potencias occidentales, ajustadas á los deseos de la Puerta, adoptadas y sostenidas hasta el fin por los plenipotenciarios austriacos como un sistema completo y eficaz, eran, por lo contrario, tan moderadas en su espresion como legítimas en su fondo. Nada hemos exigido de Rusia que fuese incompatible con su dignidad, y mucho menos con su honor. Movidos únicamente por el interés general de Europa, la hemos invitado á fijar en una base calculada con equidad y aceptada igualmente por la Puerta, el número de los buques que tuviese en adelante en un mar donde no hay que temer ningun ataque y en donde su escuadra, reducida á proporciones razonables y muy suficiente para el desempeño de los servicios regulares, hubiera sido siempre por lo menos igual á la escuadra otomana. El gabinete de San Petersburgo se

ha negado á este acuerdo, que hubiera restituido la paz al mundo, y declarando la autoridad de los ejemplos que se le han citado ha olvidado que él mismo, en su último tratado de paz con Persia, impuso á esta potencia la obligacion de abstenerse de navegar en el mar Caspio, reservado esclusivamente para las escuadrillas de Rusia, sin querer admitir lo que han aceptado en varias formas y en diversas épocas Francia, Inglaterra, los Estados Unidos y los Países Bajos, unas veces para consolidar la paz, y otras veces para terminar la guerra, ó para suprimir un germen de rivalidad ó de conflicto entre los estados vecinos.

» ¿Hablaré por ventura de una circunstancia que el señor conde de Nesselrode indica como un olvido del decoro debido á la soberanía de Rusia en sus propios dominios? Nos reconviene por haber querido, contra el derecho de gentes, quitar al gabinete de San Petersburgo la facultad de negar ó retirar el *exequatur* á los cónsules que establecieran en los puertos de la costa del Euxino; pero lo cierto es que jamás hemos abrigado una intencion semejante. No hemos pedido que los consulados estuvieran á cubierto de todo interdicto, pero sí se daba por supuesto que, segun la regla vigente en este punto, era muy posible que no siempre obtuviera un cónsul nombrado, por razones plausibles é inherentes á su persona y no al empleo, la aprobacion del gobierno ruso.

» He concluido esta relacion, y espero que todos los ánimos imparciales quedarán convencidos de que las potencias occidentales no pueden ser responsables de la continuacion de una guerra cuyos efectos han deseado contener con la misma sinceridad y zelo con que hubieran procurado evitar su esplosion.

» Francia é Inglaterra no tienen los sentimientos que se les atribuyen, pues su hostilidad no es implacable, como han dado en decir. Jamás han querido imponer á Rusia una paz atentatoria á su honor ó á su dignidad; pero la necesidad les ha impuesto una conducta que con el auxilio de la divina Providencia sabrán observar, y la Europa, consolidada en sus cimientos, les demostrará su gratitud por haber contenido en límites justos un influjo que se esforzaba en traspasar por todas partes el círculo de su accion legítima.

» Os autorizo para leer esta comunicacion á Mr. ... y á vuestros colegas.

» Recibid etc.—Walewski.»

Examinemos ahora las razones alegadas por los plenipotenciarios rusos y por los representantes de las potencias aliadas así en las conferencias de Viena como en las dos circulares que acabamos de trascribir, y de esta suerte conocerán nuestros lectores la futilidad de la contestacion en que el conde Walewski creia haber pulverizado la nota de la diplomacia rusa.

El conde Walewski empieza por consignar un hecho que hace mucho honor al gabinete ruso, particularmente al emperador Nicolás, pues confiesa que si las potencias occidentales consintieron en intervenir en las conferencias, no fué porque las animara el deseo de restablecer la paz, sino por deferencia al nuevo aliado que acababa de proporcionarles el tratado de 2 de diciembre. Esta disposicion forma indudablemente el mas sensible contraste con la que mostró en aquella época el gobierno ruso aceptando sin reserva las cuatro garantías, de suerte que el ministerio de Napoleon III incurrió en este punto en la falta de manifestar lo que en concepto de los hombres mas eminentes de Alemania debiera haber ocultado; mas si se replica que la conducta de la diplomacia moscovita no podia inspirar confianza por haber aceptado en 6 de noviembre (1) de 1854 lo que habia desechado rotundamente en 26 de agosto (2), la diplomacia rusa podrá contestar victorio-

(1) T. I, p. 556.

(2) T. I, p. 522.

samente que las circunstancias del mes de noviembre le permitieron hacer lo que no de habían permitido las del mes de agosto, para que la aceptación de las garantías no le comunicara el aspecto de los vencidos. En el mes de agosto las tropas rusas acababan de retirarse completamente de los principados, el príncipe de Varsovia había abandonado el mando del ejército del Danubio, los aliados estaban haciendo los más formidables aprestos para invadir la península de Crimea, el Austria se aparejaba al parecer á suscribir á la alianza anglo-francesa, y es evidente que en tales circunstancias la aceptación de las garantías que las potencias occidentales imponían al restablecimiento de la paz hubiera parecido un consentimiento arrancado por la fuerza ó por la necesidad. Ni hay que olvidar la jactancia con que los gabinetes de París y de Londres se atribuían entonces la victoria, suponiendo que la imprevista retirada de los principados era el resultado de la presencia de las tropas anglo-francesas en territorio turco. Es una verdad inconcusa que esta declaración de los gobiernos aliados llamó vivamente la atención del gabinete de San Petersburgo: no solamente el *Monitor*, sino también las comunicaciones oficiales de los gobiernos de Inglaterra y de Francia cifraban la causa de la retirada del ejército ruso á los refuerzos que habían enviado á Turquía, y aparentaban observar que aquella retirada se iba haciendo más necesaria á medida que se iban aproximando á los Balcanes las tropas anglo-francesas; así es que los generales rusos trataron de desvanecer de una manera completa semejantes errores suspendiendo su movimiento retrógrado y aun avanzando de nuevo en dirección al Danubio, pero los aliados no se creyeron con bastante valor ó con suficientes fuerzas para dejar airosos á sus gobiernos, y por esto nuestros publicistas se vieron entonces tan apurados para rechazar la calificación de inconsecuentes con que les acusaban los periódicos rusos. Inútil fuera reproducir la relación de las operaciones militares que en aquella época se verificaron y por cuyo medio demostramos en su lugar oportuno la vanidad de los belicosos alardes de los aliados y la verdadera causa de la retirada de los ejércitos rusos (4); pero como quiera que sea, lo cierto es que los aliados suponían vencidos á los rusos, y mientras dominara entre ellos esta creencia, el gabinete de San Petersburgo no podía ni debía aceptar las condiciones que le ofrecían sus enemigos con la arrogancia de un general triunfante.

A principios de noviembre la situación de las partes era muy diferente. Los aliados habían desembarcado en Crimea con todas sus fuerzas, y apesar de la victoria de Elma, se vieron á pique de verse envueltos por el ejército ruso apenas hubo ejecutado el príncipe Menschikoff la resolución de echar á fondo una parte de la escuadra de Sebastopol. Después de haber abandonado la vergonzosa idea de tomar aquella ciudad por un golpe de mano, buscaron un campo y un puerto de refugio para sus ejércitos y sus escuadras, esponiéndose á verse atacados y vencidos sin recurso; los ingleses perdieron su caballería en las alturas de Balaklava; introdujose la desconfianza entre los soldados, la variedad del clima y la anarquía de la administración empezaron á diezmar horrorosamente sus filas, reconocióse la imposibilidad de circunvalar la plaza, los generales vieron completamente frustrados sus designios, la derrota y la muerte se cernían sobre los campos de los sitiadores, y los gobiernos occidentales empezaban á arrepentirse de haber acometido aquella empresa desesperada. El gabinete de San Petersburgo conoció que en aquellas circunstancias podía aceptar sin deshonra las condiciones que le presentaban sus enemigos, y desde luego admitió sin rodeos las cuatro garantías reclamando sin embargo la neutralidad de las potencias alemanas y declarando que rechazaría cualesquiera otras condiciones que fueran incon-

(4) T. I, p. 451 y siguientes.

1855

patibles con su propia dignidad. Antes de intervenir en las negociaciones, el gobierno ruso quiso enterarse de la interpretación que daban los aliados á sus cuatro puntos; en 28 de diciembre los plenipotenciarios de Austria, de Inglaterra y de Francia se la manifestaron esplicitamente, y en 7 de enero de 1855 el príncipe Gortschakoff, después de recibidas las competentes instrucciones de San Petersburgo, declaró que los aceptaba sin reserva alguna. ¿Por qué no se abrieron inmediatamente las negociaciones? ¿Por qué la conferencia de Viena no dió principio á sus sesiones hasta el día 15 de marzo? Ningun obstáculo se opuso entonces de parte de Rusia á la construcción de la obra de la paz, y este es el cargo que el conde de Nesselrode dirige á los gobiernos aliados, sin que el conde de Walewski haya hallado una razón valedera para disculparse. El ministro de Napoleón III se defendió manifestando que Francia é Inglaterra no podían hallarse muy dispuestas á entrar en negociaciones en el momento en que la guerra debía ser el objeto de sus preocupaciones y de sus esfuerzos; que el tratado que acababan de concluir con el Austria les imponía en cierto modo la obligación de dar una prueba de deferencia á su nuevo aliado, y que las negociaciones se abrieron, no porque las potencias occidentales lo desearan, sino á instancia de Rusia; mas es evidente que estas declaraciones contribuyen á robustecer la posición del gobierno ruso, porque con ellas se demuestra precisamente lo mismo que intentaba demostrar el conde de Nesselrode, á saber, que las potencias aliadas no habían abrigado nunca la firme resolución de restablecer la paz. En vez de refutar las razones del ministro ruso, en vez de probar que el gobierno de San Petersburgo era el único que no quería entrar en negociaciones, la diplomacia francesa se dedicó á disculpar su propia doblez, ó sea, la repugnancia con que accedieron los aliados á la instancia del Austria para proceder al restablecimiento de la paz. Muy desacertado es este medio en nuestro concepto para evitar la responsabilidad del mal éxito que surtieron las negociaciones, porque constituye un precedente que fortifica la presunción del gobierno ruso y debilita las simpatías que pudiera infundir en los ánimos imparciales la causa de las potencias occidentales.

Por lo que hace á la primera garantía que colocaba la conservación de los fueros de los principados bajo la protección de las partes contratantes, nuestros lectores han visto ya que los plenipotenciarios rusos accedieron á todas las exigencias de los aliados; mas el conde Walewski, no pudiendo por consiguiente oponer en este punto la menor objeción á la conducta de Rusia, se dedica á demostrar que los sultanes no habían menoscabado nunca los fueros de aquellas provincias, y para conseguirlo dice que Valaquia y Moldavia no vieron modificado el régimen de su independencia administrativa hasta que los hospodares empezaron á contar más con la corte de Rusia que con la protección del señor eminente. Parece increíble que el director de los negocios extranjeros de Francia se atreva á sostener, ó por mejor decir, á manifestar que los sultanes no habían violado nunca los privilegios de los moldo-valacos, sancionados en las solemnes capitulaciones especiales de Bayaceto I, de Mahomet II y de Soliman IV, pues aun prescindiendo de la reseña que hemos hecho en este punto (1), basta con abrir una historia cualquiera de aquellas provincias para convencerse de lo contrario. Así es que el *Diario de San Petersburgo* se encargó de responder á las preguntas del conde Walewski, no con declamaciones pueriles, sino con hechos positivos, en los siguientes términos:

«El conde Walewski empieza por dudar de las ventajas que deben Moldavia y Valaquia á la intervención de Rusia.... Para apreciar la exactitud de este hecho basta con trazar el cuadro de

(1) T. I, lib. IV.